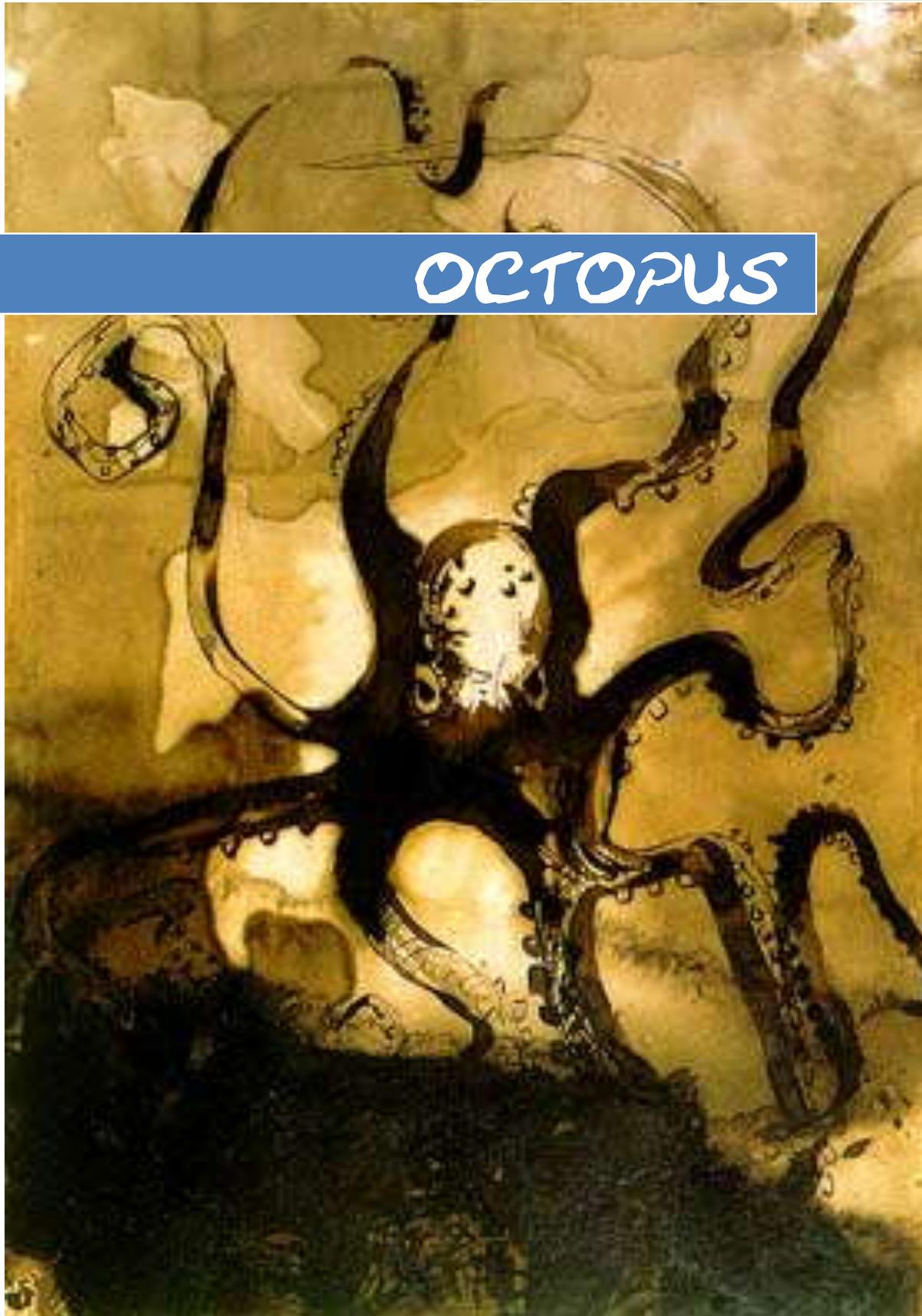


Juan Salvador Piñero Ruiz

OCTOPUS



Premio Mención Especial del
«Concurso Relatos Cortos Katharsis»

OCTOPUS

Juan Salvador Piñero Ruiz

Título: Octopus

Poesía: Premio Mención Especial del «Concurso Relatos Cortos Katharsis»

Autor: © Juan Salvador Piñero Ruiz

Edita: Amigos de la Revista literaria Katharsis

Argés (Toledo)

Printed in Spain

info@amigosrevistakatharsis.org

OCTOPUS

*

Cuando le comunicó que su cuerpo, sin signos evidentes de violencia, había aparecido inerte, tumbado boca abajo en lo más profundo de una pequeña laguna transparente que dejaba la marea durante la bajamar, entre las rocas del espigón, más allá del acantilado, era como si de antemano ya conociera lo sucedido.

– El traje de neopreno está casi limpio, solo tenía unos cuantos moluscos adheridos – pequeñas lapas y algún caracolillo –. Lo he sacudido con un trozo de pizarra negro y alargado.

El anciano pescador, un viejo amigo, continuó hablando después de comunicar la triste noticia, tratando de aliviar la tensión...

– Aún está húmedo. ¿Lo dejo en el patio?.

Pero ella permanecía en silencio, dibujando en su memoria el contorno de líneas del paisaje donde le dijo que lo habían encontrado, al final de la ensenada que se abría justo al lado del hotel, en la vertiente Norte, *uno de sus lugares preferidos porque el mar golpeaba sin tregua las rocas formando grandes olas que se deshacían en rociones de espuma blanca por todos lados y dejaban, algunas veces, restos de naufragios, o de fardos, que se habían caído por descuido de la cubierta de algún navío.*

– Lo han sacado de allí enseguida, los de cruz roja, en una camilla improvisada. Llevan cerca de una hora esperando en la cala del hotel. Necesitan que vaya alguien de la familia para... Lo siento, pero debes acompañarme...

Se negaba rotundamente a ir. Finalmente, asintió con una sonrisa algo melancólica y resignada, y salieron de la casa sin hacer ruido.

Cuando llegaron a la playa y se acercaron hasta la camilla, ella eludió su mirada, que era como la de un niño. Una mirada pequeña y perdida que en ojos de cielo le arrebató una caricia del alma al besar sus labios agrietados y partidos. *Lo debían haber*

dejado allí, pensó en ese instante, porque sabía que, el hecho de haber sucedido precisamente en ese lugar, en la punta justo del cabo –dominando todo el arrecife – , tenía para él un significado especial. Y recordó que *siempre había considerado esos signos que pasaban desapercibidos para “casi todos”; pensaba, que de alguna forma, eran una “parte importante”, señales que le guiaban y le mostraban “caminos de oro”*.

Un momento fugaz entre los primeros sonidos del alba y el sabor de la espuma se va despegando de sus labios...

– *Hubo un tiempo, en el que fuimos capaces de creer en la “magia”, en el que los pequeños acontecimientos crecían y se significaban a sí mismos.*

El anciano la miraba atentamente, tratando de averiguar su estado de ánimo, y la dejó seguir hablando.

– Pero han pasado los años, y ahora, sólo llueve aburrimiento: “peces pesados que se mueven lentamente en un estanque”.

La voz que escuchó, sonaba tan ajena a su cuerpo, que parecía que no le pertenecía, y le produjo una extraña sensación, mezcla de compasión y embarazo, que fue en aumento hasta convertirse en un fuerte malestar cuando la vio incorporarse y alejarse silenciosamente hacia la escollera. Se levantó y comenzó a seguirla cautelosamente por entre las rocas. Sabía que no se encontraba bien y que necesitaba hablar con alguien, y le preguntó:

– ¿Qué puede haber sucedido?. ¿Tienes alguna pista?.

Las afiladas rocas del espigón dejaban ver sus aristas durante la temporada de bajar. Recordaba otros lugares donde las mareas se producían de forma circular,

durante unas horas. Pero aquí no, esa bajamar crecía de una forma lenta y paulatina, y parecía como si el mar quisiera alejarse cada vez y durante más tiempo de tierra firme.

– Nos había acostumbrado a verlo en el borde más alejado del rompeolas del hotel, siempre enfundado en su máscara – la piel de neopreno –, perdido y ocupado en sus quehaceres. Es curioso, no había una hora concreta ni un día determinado, es solo que lo solía encontrar en ese mismo lugar...

Y señaló hacia el Norte, y la mujer también miró, agobiada y perdida, buscando con sus ojos un encuentro que difuminara el silencio, y le contestó:

– No quedaba nada de su imagen “en otro tiempo”, de ese <alguien> que “*pudo llegar a ser*”. Se había convertido en un ermitaño. ¿Quién es capaz de aventurarse más allá de otra búsqueda?, decía esta mañana; y me habló de una utopía, de un paraíso ajeno a la derrota – *la marea soñada* la llamó–, una Isla que nadie puede avistar, *un oasis en la profundidad del océano*.

El pescador, esbozó una breve sonrisa y habló muy despacio, sosegadamente, buscando de forma premeditada un tema conveniente por consideración a su estado de ánimo.

– Todo el mundo había oído hablar de él, su leyenda se había convertido en la tertulia favorita de conversación entre los empleados y residentes del hotel.

Y contempló con tristeza su expresión infantil.

– Lo siento. ¿Qué puedo hacer por tí?. Si necesitas algo...

No pudo responder de inmediato. Al oír sus últimas palabras, ese rostro de niña había adquirido repentinamente una expresión de terror, los labios marchitos se habían quedado completamente pálidos, los ojos, con la mirada fija y perdida en el infinito. Tardó un rato en recuperarse, y entonces, comenzó a hablar, muy bajito, pero de un modo terrible y angustiado, esforzándose penosamente por expresarse de forma correcta

y convincente. En la frente se le formaban y desaparecían pequeñas arrugas, mientras inclinaba la cabeza para hacerse oír, suplicando fervorosamente mientras su cuello se doblaba sumiso, entre sollozos, pegado a su cuerpo convulso, un mar de lágrimas en los ojos, la voz más cálida y muy tensa.

– Se acercaba a las olas buscando cada vez más ese momento de espuma, ese escaso segundo que lo mantenía allí, clavado en la profundidad, y donde decía que sentía, como vibraban *“esos otros sonidos”*. Me solía decir que, *acercarse al silencio blanco era como construir un “castillo de oro”*.

– ¿Por qué se dejaba guiar cada vez más abajo?

– Buscaba siempre ese último minuto, llevando al límite ese segundo de percepción que en la profundidad infinita le permitía recobrar la lucidez y *sentir que aquel era su “lugar seguro”*.

El pescador intentó calmar la creciente excitación de la mujer, abrazándola con un murmullo tranquilizador. Aún inquieta, pero percibiendo la ternura y amabilidad del anciano, continuó hablando después de esa breve pausa:

– Aquella tarde el mar estaba salpicado de violentas crestas de espuma por todos lados, y normalmente, él se encargaba de verificar la corriente en los rompientes. Pero, de forma casual, yo me sumergí primero y segundos después, sentía como era arrastrada mar adentro, y me dejé llevar...

– Regresábamos con varias capturas, comentando lo sucedido y, al pasar por la puerta del hotel, se nos acercó un inglés que solía charlar con nosotros. Cuando se marchó, *dijo algo sobre él, comentó que le inquietaba. Que era un personaje extraño. Decía que sus ojos eran capaces de reconocer, de indagar, de perturbar. Que podía sentir que ese hombre tenía otra percepción – otra mirada –, como si para él estuviera claro, ¡lo que*

iba a ocurrir a partir de ese momento!. Y luego continuó, *quizás –decía–, llegaba a “percibir”, a viajar hasta el eco que venía <del otro lado>*.

– Y desde ese día, su palabra se transformó en un confuso galimatías, comenzó a decir que *regresar de ese mundo sublime de espuma donde descubre la imagen de su sueño, hasta aquí, a esta tibia e indolente realidad donde transcurren las horas, realidad de “dos más dos son cuatro” y “no hay más” era algo cada vez más difícil*.

El viejo pescador, que había permanecido en silencio, la miró de soslayo, y estuvo a punto de contestarle, pero fue incapaz, simplemente percibió ese sentimiento, como si las rocas que tanto tiempo habían frecuentado, hubieran sido testigo durante todos esos años de esa desesperación.

– Y al final, lo fui aceptando, me dejaba guiar por ese tedio absurdo y agobiante que enajenaba su mente. Un instante de claridad – un hallazgo insignificante –, pero *“se daba perfecta cuenta de que su camino ya no conducía a ningún sitio”*, y desde ese momento comenzó a perderse entre las olas: *jocéano profundo!*, gritaba antes de cada inmersión.

– Cada uno de nosotros es también un eremita, un náufrago. Era una persona un poco fuera de lo normal. Pasaba la mayor parte del rato sin moverse, echado sobre las rocas, lo más apartado posible y mirando fijamente al horizonte, como si en vez de una línea tuviera para sí toda la infinita extensión del océano.

– Sí. Y ahora dormita, ya no hay prisa en nuestros encuentros. Desde aquel fatídico atardecer, *era como si yacer perdido en el olvido –en el fondo del mar–, fuera excusa suficiente para permanecer allí*.

– Parecía como si el inglés hubiera sido capaz de <ver> su incertidumbre, su terrible sueño que evocaba una ausencia insoportable, *esa pesadilla* que se repetía cada noche y que con palabras entrecortadas nunca terminaba de explicar, porque decía que, *sentía que la distancia viajaba sumergida en sus sueños, y cuando despertaba, se encontraba tan hundido que ya no la conseguía recordar.*

Hablarán de tí y se llenarán de silencio. Perderán el ritmo de tus pasos y se dejarán guiar hasta la espuma. Una nube que despereza en el cielo y deja ver una estrella. Una nube atacada de soledad. Al alba. La palabra sumisa. Una palabra medida y aletargada. La voraz tragedia que esconde el espejismo de un espacio desarmado. Agotado. Sirviente de horas anegadas.

**

Andaban despacio. La sal ardiendo en la piel erizada y en las manos agrietadas y dormidas, la bolsa. Se les acercaba, salía del hotel, el torso tatuado...

- ¡Octopus! ¡You are Mr. Octopus!

Se miraron. Una sonrisa. Acababa de “definir”, después de verlos por enésima vez, la bolsa en la mano –tres capturas–.

Sin embargo, el hecho mismo de marcar su territorio, los hacía una presa fácil. Cerraban su escondite con tres o cuatro piedras que tenían alguna característica especial: su forma, su brillo, su color, y a partir de ahí, se ocultaban en la seguridad de esa cueva. Y posiblemente, en esa percepción, para su <mundo conocido> creaban una barrera formidable, pero: ¿qué sucedía si llegaba <el gran enemigo>?

Por eso, en realidad, para él, decir que había “algo premeditado”, decir que lo importante eran las <capturas>, era solo una excusa para tomarse su tiempo y escapar hacia la profundidad del silencio.

Ese espejismo en mitad de la tarde – un breve resplandor –, un juego de sensaciones que completan su vida. Ya no necesita más. Y se deja llevar en ese tibio

espacio de hojas sabidas y conocidas, donde lo posible es parte de lo olvidado. Un mar de olas de espuma en sus sueños, un sueño atacado de miserias, de esa latente incertidumbre que le lleva a padecer el silencio.

Y fue durante los últimos atardeceres de diciembre, cuando le comentó que había sido capaz de encontrar la cueva. Pero ella lo sabía, era imposible que hubiera podido reconocer sus señas en la profundidad del mar.

La distancia viaja sumergida en sus sueños. Los débiles aleteos de sus brazos remontan el tapiz cristalino que cubre las aguas en forma de pequeñas burbujas que se esparcen al rozar la claridad del cielo. Los ágiles movimientos de sus piernas se esfuerzan inútilmente por continuar el viaje contracorriente, quedando estática en la profundidad de un espacio incierto, sin fondo, que la envuelve, señalando los ínfimos límites en que habrá de concluir su huida. Mar de recuerdos, muralla de olas que te arrastra por el camino de los sueños a imaginar aquel instante pretérito que nunca llegó a producirse; ¿eran pasado sus sueños o la voz que guiaba su futuro? Nada sabía, solo esperar, seguir esperando siempre, dejándose arrastrar por la placidez de las ondas, pero sus esfuerzos se desvanecían, se extinguían más allá del eco de esos recuerdos: un paisaje marino oculto entre columnas de algas, dorado con el sol, de brillos plateados que se conducían por doquier, y ella, luchando contra la corriente: voz de un sueño, de un sueño tan metido en sí, que ya no advertía cual era la realidad de su situación; praderas verdes – fondo inmenso –, desnudo bajo el cariz de sensaciones que lo devolvían a la realidad: un desierto, lodo y una delgada línea, erguida, recta, sumergido para siempre en el mar de soledad de esa terrible pesadilla.

BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Juan Salvador Piñero Ruiz, nacido en 1959 en la milenaria ciudad portuaria de Cartagena –puerto de culturas- y de la que ha recibido esa herencia marinera que le ha correspondido históricamente por su situación privilegiada, abrazada y mimada por un mar donde descubrió sus primeros atardeceres de viento y su pasión por la navegación. Informático de profesión, se entregó desde siempre a la literatura fantástica. Su vasta obra se pierde entre paisajes alegóricos que atrapan la realidad conocida por todos y la traslada hasta sus personajes que llegan a convertirla en una utopía. Una búsqueda continua a través de la plástica de las palabras, con las que trata de dibujar el paisaje de sus sueños y extender la cotidianidad de la vida de sus personajes más allá de la narración donde crecen, improvisando incluso, a veces, voces y sonidos que no aparecen en ningún diccionario conocido, pero que son “términos válidos” mientras son leídos, y es finalmente el lector quién acepta y conviene su significado explícito:

Porque nadie puede ahuyentar de su puerta el infierno de ese sueño. Como este cuento, un cuento desgarrado que cierra sus páginas en silencio y desata el afán de construir castillos entre el asfalto. Castillos de balas y tapas de embalaje. Castillos de basura. Cimientos de Absalón que se elevarán como montañas. *No existe ningún pasillo que nos acerque a nuestro destino, ni tan siquiera las olas, que como el viento llevan la nada a la nada, el mar como destino del hombre que caprichoso abraza las tormentas para escapar de la monotonía.* “Hacer el viento”, despertar de los sentidos, ese alarido que baña el silencio y que nos guía hacia desiertos encantados y sin nombre.

«Sobre la espuma» (2004)

Juan Salvador Piñero Ruiz ha participado en el «I Premio de Relato Corto de la Revista literaria Katharsis» donde obtuvo el Premio Mención Especial por su relato *Octopus* (2008). Esta edición digital se lleva a cabo para ser publicada en la Revista Literaria Katharsis.

Edición digital de La Asociación Amigos de la Revista Katharsis
<http://www.amigosrevistakatharsis.org/>
info@amigosrevistakatharsis.org